

☞ CAPÍTULO XII.—TRES MIL
KILÓMETROS PARA UN DIS-
CURSO DE CINCO MINUTOS. ☞

Poco tiempo después de la apertura de nuestro internado, gran número de alumnos, con méritos innegables, pero tan pobres que ni siquiera podían pagar los exíguos gastos de pensión, comenzaron á solicitar que se les admitiera en el instituto. Eran los solicitantes hombres y mujeres. Daba pena negar la entrada á tales candidatos; de modo que en 1884, organizamos una clase nocturna para algunos de ellos.

Estas clases nocturnas se establecieron, siguiendo un plan análogo al de Hampton, que yo había contribuído á formar. Al principio acudieron á ellas unos doce estudiantes. Unicamente se les recibía en la escuela nocturna cuando no tenían dinero para pagar, por lo menos, una parte de su pensión en la escuela de día. Por otra parte se les exigía que trabajasen diez horas del día en algún oficio y que siguieran durante dos horas los cursos de la noche.

Tales eran las condiciones durante el primero y segundo año de su estancia en Tuskegee. Se les pagaba una pequeña cantidad, además de su pensión y se convino, en que todo lo que ganaran, excepción hecha de una parte mínima, pasaría á los fondos de la escuela y serviría para pagar sus gastos en las clases de día cuan-

do fueran admitidos á ellas. Estas clases de noche, comenzadas así, se han desarrollado de tal modo que hoy día asisten á ellas cuatrocientos cincuenta y siete alumnos.

No hay prueba más decisiva para apreciar la aplicación de un estudiante que este ramo de nuestra enseñanza. Y principalmente porque nos proporciona ésta ocasión excelente de apreciar la calidad de un alumno, atribuyo yo tanta importancia á nuestra escuela nocturna. El que consiente en trabajar diez horas diarias en la fábrica de ladrillos ó en los lavaderos, durante un año ó dos, para poder asistir dos horas, á las clases nocturnas, es un alumno que tiene en sí lo necesario para compensar cuantos sacrificios se hagan por su educación.

Después que un alumno ha dejado las clases nocturnas, asistí á las ordinarias cuatro días de la semana y trabaja en su oficio los dos restantes. Además, trabaja en su oficio durante los tres meses de verano. En general, cuando un alumno ha soportado victoriosamente la prueba de la escuela nocturna encuentra siempre el modo de acabar el curso completo de sus estudios literarios y profesionales. Ningún alumno, por rico que sea, queda dispensado de ejercer un trabajo manual. Y de hecho, los cursos profesionales son en la actualidad, tan populares como los literarios. Algunos de nuestros mejores alumnos, hombres ó mujeres, comenzaron sus estudios en la escuela nocturna.

Aun cuando insistamos constantemente en la parte industrial del trabajo de Tuskegee, no por eso desdeñamos el lado religioso y espiritual. La escuela es perfectamente neutra (*undenominational*), pero perfectamente cristiana y no queremos descuidar la educación religiosa de nuestros alumnos.

Demuéstralo nuestro servicio, con sermón; las reuniones para el rezo; nuestra escuela dominical; nuestra «sociedad de acción cristiana» y nuestra «unión cristiana de jóvenes, además de nuestras diversas organizaciones de misioneros.

En 1885, miss Olivia Davidson, de quien ya he hablado en diferentes ocasiones como de uno de nuestros mejores auxiliares del primer momento y á quien la escuela debe parte de su fortuna, pasó á ser mi mujer. Durante los años de nuestro matrimonio compartió el tiempo y sus fuerzas, entre la familia y los cuidados de la escuela. No solamente continuó trabajando en la escuela de Tuskegee, sino que renovó sus excursiones al Norte en busca de fondos. En 1889 murió, después de cuatro años de dichosa vida de familia y ocho de labor tan penosa como gustosa por la escuela. Literalmente se había consumido en el servicio de aquella obra que había amado tanto y á la que consagró tan incesantes esfuerzos. De su matrimonio logré dos hijos hermosos é inteligentes, Baker Taliaferro y Ernesto Davidson. El mayor de ambos, Baker, ya ha aprendido el oficio de ladrillero en Tuskegee.

Con frecuencia se me ha preguntado cómo comencé á hablar en público. En contestación á esta pregunta debo manifestar que nunca pensé dedicar mucho tiempo á la oratoria. Siempre he creído que es más conveniente *hacer* las cosas que hablar de la necesidad de hacerlas. Parece que, cuando mi viaje con el general Armstrong, para dar conferencias en el Norte, el honorable Tomás W. Bicknell, presidente de la Asociación patronal de instrucción pública, que asistía á una de esas conferencias, me oyó hablar. Algunos días después me envió una carta, invitándome á pronunciar un discurso en la próxima Asamblea de la Asociación de instrucción pú-

blica. Esta asamblea debía celebrarse en Madison (Wisconsin.) Acepté la invitación. A decir verdad, aquel fué el comienzo de mi carrera de orador.

La noche en que hablé ante la Asociación debía de haber unas cuatro mil personas en la sala. Sin haberme lo prevenido acudieron gran número de personas de la Alabama y algunas de Tuskegee. Estas personas me confesaron francamente que habían asistido á la reunión creyendo oír violentos ataques contra el Sud; pero que les sorprendió agradablemente comprobar que ni una sola palabra agresiva contenía mi discurso. Por el contrario, hice justicia al Sud por cuantos actos laudables había realizado. Una señora blanca, que era maestra en una escuela de Tuskegee, escribió una carta á un periódico local en la que declaraba que estaba sorprendida y satisfecha viendo como había hecho justicia en mi discurso á los blancos de Tuskegee por la parte que habían tomado en la fundación y en los comienzos de la escuela. Aquel discurso de Madison fué el primero que pronuncié sobre el problema general de las razas. Los que lo oyeron parecían aprobar mis palabras y la sinceridad con que eran dichas.

Cuando, por primera vez, llegué á Tuskegee, resolví fundar allí mi hogar y tomar mi parte de orgullo ó de humillación en cuanto la comunidad de las gentes hiciera bueno ó malo, con el mismo título que cualquier otro ciudadano de raza blanca. Resolví no decir nunca, en un discurso público, en el Norte, lo que no estuviera dispuesto á repetir en el Sud. Había comprendido muy pronto que no es manera de convertir á nadie el injuriarle y que generalmente conduce á más pronto resultados alabar las buenas acciones que insistir exclusivamente en los defectos.

Aunque practicando por convicción este método, no

he dejado de llamar la atención en el momento oportuno y en la forma querida, con toda claridad, sobre los defectos de que el Sud se ha hecho culpable. He podido notar que hay en el Sud gran número de ciudadanos que aceptan, sin enojo, las críticas sinceras y honradas. Por regla general el sitio adecuado para criticar al Sud cuando merece que lo critiquen, es el propio Sud y no Boston. Un ciudadano de Boston que viniere á la Alabama para criticar á su país, creo que no haría tanto bien como el que se quedase en Boston para hacer sus críticas.

En aquel discurso de Madison yo afirmaba que la mejor política á seguir en lo tocante á entrambas razas era acercarlas por todos los medios honrosos que estuvieran á mano y facilitar sus relaciones cordiales en lugar de atizar sus divisiones. Sostenía igualmente que los negros al votar atenderían cada vez más á los intereses de su municipio y prescindirían gradualmente de atender intereses localizados á mil leguas de ellos.

En este discurso decía que el porvenir del negro dependía de averiguar si por medio de su habilidad, de su inteligencia y de su carácter, sabría hacerse tan útil á su municipio, que el municipio no pudiera prescindir de sus servicios. Añadía que el hombre que aprendiera á hacer algo mejor que otro, ó á hacer una cosa ordinaria de un modo poco corriente, habría resuelto el problema de su vida independientemente del color de su piel y, finalmente, que el negro se vería respetado á medida que se pusiera en condiciones de producir algo necesario al resto de los hombres.

Citaba el caso de uno de nuestros alumnos que había obtenido doscientas sesenta arrobas de patatas en media hectárea de terreno en un municipio donde la producción corriente era únicamente de cuarenta y nueve

arrobas por media hectárea. Había llegado á semejante resultado, gracias á su conocimiento de los abonos químicos y á la aplicación de métodos perfeccionados de agricultura. Los labradores blancos del contorno le respetaban y venían á consultarle sobre el cultivo de la patata.

Y le respetaban y le honraban porque, gracias á su habilidad y á su inteligencia, había añadido alguna cosa á la riqueza y al bienestar del municipio en que vivía. Explicaba, además, en mi discurso, que mi teoría sobre la educación del negro no le condenaba para siempre á producir la mejor calidad de patatas; pero que si lo-graba triunfar en este ó parecido terreno, echaría los cimientos de una fortuna, gracias á la cual sus hijos y sus nietos tendrían el derecho de aspirar á una carrera más alta y á un papel de más viso en la vida.

Tales fueron, en resumen, algunas de las opiniones que mantuve en el primer discurso que pronuncié sobre las relaciones de ambas razas. Desde entonces á acá no he encontrado razones que me obliguen á cambiarlas, en lo substancial.

En mi juventud solía experimentar sentimientos de cólera contra los que denunciaban á los negros y preconizaban medidas que tendieran á oprimirlos ó á limitarles la libertad del desenvolvimiento integral al que todo hombre tiene derecho. Ahora, cuando oigo á alguien defender leyes que tiendan á entorpecer el progreso del prójimo, no puedo menos de compadecerle. Le compadeczo porque á él le han detenido en su desenvolvimiento, porque persigue un empeño vano y porque un día el progreso continuo de la humanidad le hará enrojecer avergonzado de su estrechez de miras. Tanto valdría tratar de detener la marcha de una locomotora lanzada á toda máquina arrojándose sobre la vía, como tratar

de detener la marcha del mundo hacia un mañana de inteligencia, de cultura, de habilidad, de libertad, de simpatía y de bondad fraternal.

El discurso que pronuncié en Madison delante de la Asociación Nacional de Educación constituyó, para mí, una presentación en regla al gran público del Norte y desde entonces las ocasiones de hablarle se me presentaron á cada momento.

Sin embargo, deseaba que se me ofreciera una coyuntura para dirigirme á un público del Sud. En parte se me ofreció una, cuando en 1893 se dió en Atlanta (Georgia), el meeting internacional de trabajadores cristianos. La aproveché como una útil introducción. Cuando me invitaron á aquel meeting, yo tenía en Boston ocupaciones que parecían hacerme aquel viaje imposible. Sin embargo, después de examinar cuidadosamente mi lista de fechas de conferencias y de visitas por hacer, vi que podía tomar el tren en Boston y llegar á Atlanta unos treinta minutos antes de la hora señalada para mi discurso. Me quedaban, después del discurso, unos sesenta minutos para tomar otro tren en que regresar á Boston. Mi invitación para hablar en Atlanta limitaba en cinco minutos la duración de mi discurso. Era cuestión de ver si podía encajar bastantes cosas en un discurso de cinco minutos para que valiera la pena de emprender aquel viaje.

Sabía que el auditorio estaría compuesto, en su mayor parte, de la clase más influyente de los blancos de ambos sexos y que era aquella una ocasión única para hacerles saber lo que tratábamos de hacer en Tuskegee y hablarles, al mismo tiempo, de las relaciones entre ambas razas. Decidí hacer el viaje. Y hablé, durante cinco minutos, á un público de dos mil personas, compuesto, en su mayor parte, de blancos del Norte y del

Sud. Lo que dije pareció que lo recibían con agrado y entusiasmo. Los periódicos de Atlanta comentaron al siguiente día mi discurso con benevolencia y se habló mucho de él en diferentes partes del país. Comprendí que casi había logrado lo que quería: es decir, hacerme oír de las clases directoras del Sud.

Las invitaciones para que hablara se hicieron cada vez más numerosas y procedían por igual de las gentes de mi raza y de los blancos del Norte. A estos discursos consagré todo el tiempo que podía robar á mis trabajos de Tuskegee. La mayor parte de los discursos pronunciados en el Norte iban destinados á recoger fondos para la escuela. Los que pronunciaba delante de un auditorio de negros tendían principalmente á hacerle comprender la importancia de la educación profesional y técnica como complementaria de la religiosa y literaria.

Voy á hablaros, ahora, de uno de los acontecimientos de mi vida que más interés ha despertado y que ha contribuído más que otro, ninguno á darme una reputación que puede calificarse de nacional. Me refiero al discurso que pronuncié en la apertura de la Exposición Internacional de los Estados Productores de Algodón, en Atlanta (Georgia), el 18 de Septiembre de 1895.

Se ha hablado y se ha discutido tanto sobre este incidente, se me han hecho á propósito de aquel discurso tantas preguntas que espero que mis lectores me perdonarán si hablo de él con algún detenimiento. El discurso de cinco minutos de Atlanta fué, tal vez, la ocasión que decidió de mi segundo discurso en el mismo sitio. En la primavera de 1895 recibí un telegrama redactado por ciudadanos influyentes de Atlanta y pidiéndome que acompañara á Washington, á un comité de aquella ciudad para comparecer ante una comisión del Congreso y solicitar el apoyo del Gobierno para la futura Exposición.

El comité se componía de unos veinticinco ciudadanos influyentes de raza blanca de la Georgia. Todos los miembros de este comité eran blancos excepto el obispo Grant, el obispo Gaines y yo. El alcalde y muchos otros dignatarios de la ciudad ó del Estado hablaron ante la comisión. Les sucedieron en el uso de la palabra los dos obispos negros. Mi nombre era el último en la lista de los oradores. Yo no había comparecido nunca ante semejante comisión ni había pronunciado jamás un discurso en la capital de los Estados Unidos. Estaba muy inseguro de lo que iba á decir y de la impresión que produciría. No recuerdo, en concreto, lo que dije; pero sé que traté de dar á entender, con toda la seriedad y toda la simplicidad de que soy capaz, que si el Congreso quería hacer algo para suprimir del Sud la cuestión de razas y para establecer una armonía sólida entre ambos pueblos, debía cooperar, por todos los medios posibles, al progreso material de uno y de otro.

Declaré que la Exposición de Atlanta era una ocasión propicia para que ambas razas manifestaran los progresos realizados desde la fecha de la emancipación y al mismo tiempo una exhortación oportuna para que continuaran en su desarrollo progresivo.

Traté de hacer ver que, aunque es cierto que no conviene privar al negro de su voto por medios fraudulentos, también es cierto que el negro no encontrará nunca su salvación en una agitación política. Para completar y *autorizar* su derecho de voto es necesario que el negro se haga con buenas cualidades, energía, habilidad, inteligencia y carácter, sin las cuales el triunfo de una raza no es más que un fenómeno pasajero. Dije, finalmente, que, otorgando los créditos que le pedíamos, el Congreso haría algo de una utilidad duradera y positiva en bien de ambas razas y que esta era la

primera gran ocasión que se presentaba, después de la guerra civil, para intentar una cosa semejante.

Hablé durante unos quince ó veinte minutos y me sorprendió, después de mi alocución, recibir las felicitaciones calurosas del comité de la Georgia y de los miembros del Congreso que estaban presentes. Por unanimidad el informe de la comisión fué favorable y en pocos días se votaban los fondos otorgados. Este voto aseguró el éxito de la Exposición de Atlanta.

Poco después de mi viaje á Washington, los directores de la Exposición decidieron que convendría, como homenaje á la raza de color, construir un gran pabellón, dedicado exclusivamente á mostrar el progreso realizado por los negros desde su liberación. Se decidió además que los planos y los trabajos de aquel edificio debían llevarse á cabo completamente por los negros. Realizóse este proyecto: como arquitectura, como belleza, y como perfección el pabellón negro igualaba á los mejores de la Exposición.

Faltaba decidir quien debía dirigirlo. La administración había querido encargarme á mí pero tuve que rechazar el cargo porque mis ocupaciones en Tuskegee, sobre todo en aquella época, reclamaban toda mi atención y todas mis fuerzas. A propuesta mía fué nombrado director el señor J. Garland Penn de Lynchbourg (Virginia). Le ayudé cuanto pude y, en resumidas cuentas, la exposición negra resultó lucida y nos hizo honor. Lo que más llamó la atención fueron las exposiciones respectivas de los institutos de Hampton y de Tuskegee. Y los más agradablemente sorprendidos de este resultado fueron los blancos del Sud.

El día de la apertura de la Exposición se aproximaba y los individuos de la junta trataban de ultimar el programa de inauguración. Al discutir los números que

debían integrar este programa, creyóse que era justo inscribir entre los oradores un representante de la raza negra, ya que se había concedido á los negros un lugar tan importante en la Exposición. Era, al mismo tiempo, una coyuntura propicia para poner de relieve las buenas relaciones que parecían iniciarse entre ambas razas. No faltó quien se opusiera á semejante idea, pero el comité directivo, compuesto de los hombres más eminentes y liberales del Sud, la hizo suya y votó la invitación de un orador negro para el día de la apertura. Imponíase enseguida la elección de orador. Después de algunas discusiones decidióse, por unanimidad, que fuera yo y á los pocos días recibí la invitación oficial.

Me sería difícil hacer comprender á cualquiera que no se haya hallado en una situación análoga la responsabilidad que sentía sobre mí. Yo me acordaba de haber sido esclavo; de haber pasado los primeros años de mi vida en las profundidades de la ignorancia y la pobreza, y pensaba, que tal vez estaba poco preparado para aceptar aquella responsabilidad. Algunos años antes, cualquier blanco del auditorio habría podido reclamarme como esclavo y, entre mis oyentes, tal vez se encontrarían algunos de mis antiguos amos.

Era, al mismo tiempo, la primera vez — y yo no lo ignoraba — que se llamaba á un hombre de mi raza para hablar desde la misma tribuna en que pronunciaban sus discursos los blancos del Sud, en ocasión de tal importancia. Y se me pedía que hablara delante de un auditorio compuesto de cuanto encierra el Sud de hombres ricos y cultos; es decir: delante de los representantes de mis antiguos amos. Sabía además que, aparte de los blancos del Sud, habría entre mis oyentes buen número de blancos del Norte y un contingente respetable de individuos de mi raza.

Estaba decidido á no decir sino lo que considerara verdadero y leal. En la invitación que recibí no se hacía indicación alguna sobre lo que tenía que decir ó tenía que callar. Era esto una gran muestra de confianza por parte del comité director, que no ignoraba hasta qué punto, una sola palabra pronunciada fuera de lugar, hubiera comprometido el éxito de la Exposición. Al mismo tiempo, yo estaba cruelmente persuadido de que, debiendo permanecer fiel á la causa de mi pueblo, corría el riesgo de cometer alguna ligereza cuyo resultado habría sido impedir que, durante muchos años, volviera á invitarse á un negro á tomar la palabra en circunstancias parecidas. Por lo demás quería, en lo substancial de mi discurso, hacer justicia al Norte, pero hacerla también á los buenos elementos del Sud.

Los periódicos en el Norte y en el Sud habían tomado mi futuro discurso como tema de discusión y, á medida que se aproximaba el día, aumentaban las controversias en proporción considerable. Entre los periódicos del Sud no faltaban los que veían con malos ojos el que se concediera la palabra á un negro. Por otra parte, recibía de las propias gentes de mi raza infinidad de consejos sobre lo que tenía que decir. Me preparé para hacer mi discurso lo mejor que pude, pero á medida que se acercaba el 18 de Septiembre sentía decrecer mis ánimos y cada vez tenía más miedo á un fracaso y á una decepción.

Había recibido aquella invitación en un momento en que los trabajos de la escuela me absorbían más que de ordinario porque el año escolar acababa de empezar. Una vez compuesto mi discurso, lo releí con mi mujer, según mi costumbre cuando se trata de discursos que considero importantes, y ella aprobó lo que había preparado. El 16 de Septiembre, la víspera de mi salida para

Atlanta, la mayor parte de los profesores de Tuskegee manifestaron deseos de conocer lo que había hecho y renové ante todos reunidos la lectura. Aquello me reanimó un poco, porque oídas sus críticas y sus impresiones, me pareció que estaban satisfechos.

El 17 de Septiembre salí para Atlanta con mi mujer y mis tres hijos. Mis sensaciones creo que debían parecerse á las de un sentenciado, dirigiéndose al cadalso. Al atravesar la villa de Tuskegee encontré á un hombre del campo, blanco, vecino nuestro, que me dijo riendo: «Washington, hasta ahora, ha hablado usted á los blancos del Norte, á los negros del Sud ó á nosotros, campesinos blancos del Sud; pero mañana tendrá que hablar en Atlanta, á los blancos del Norte, á los blancos del Sud y á los negros reunidos. Temo que se haya metido usted en un callejón sin salida.» Aquel buen hombre, en pocas palabras, había definido mi situación; pero por francas y acertadas que fueran sus palabras no contribuyeron á disipar mis inquietudes.

En el transcurso de mi viaje, hasta Atlanta, venían en gran número á verme pasar por las estaciones los blancos y los negros y hablaban libremente, delante de mí, de lo que iba á ocurrir al otro día. En Atlanta nos esperaba ya una delegación. Las primeras palabras que hirieron mis oídos al descender del wagón fueron estas, de un anciano negro: «He aquí el hombre de mi raza que mañana pronunciará un discurso en la Exposición. Iré á oírle...»

La ciudad de Atlanta estaba literalmente atestada de gente aquellos días; había forasteros de todos los rincones del país, representantes extranjeros y diputaciones militares y civiles. Los periódicos de la tarde publicaban en grandes anuncios los acontecimientos del siguiente día. Todo esto acrecentó mi malestar. Aque-

lla noche dormí poco. Al otro día repasé cuidadosamente mi discurso y, siguiendo una práctica observada cada vez que debo hablar en público, me arrodillé para atraer sobre lo que tenía que decir las bendiciones del Señor.

Igualmente tengo la costumbre de hacerme una preparación especial para cada discurso determinado. Nunca se dan dos auditorios absolutamente idénticos. En cada caso concreto me propongo llegar al corazón del auditorio, como si personalmente pudiera hablarle aparte. Poco me importa el efecto que podrán causar mis palabras en un periódico, ó en otro auditorio cualquiera ó en un individuo determinado: el auditorio del momento actual absorbe entonces toda mi simpatía, todo mi pensamiento y toda mi voluntad.

Por la mañana, muy temprano, me habían mandado una delegación que debía escoltarme en el cortejo, al dirigirnos al palacio de la Exposición. Formaban parte del cortejo aquel, eminentes ciudadanos negros en sus coches y diferentes diputaciones militares de color. Pude notar el empeño con que los comisarios de la Exposición procuraban que los negros estuvieran bien colocados y tratados con atenta urbanidad. El cortejo empleó unas tres horas para trasladarse á los terrenos de la Exposición y durante el tránsito el sol nos asaeteaba con sus rayos abrasadores. Cuando, por fin, llegamos al sitio destinado, el calor y la sobreexcitación que me agitaban, me hicieron creer, por un momento, que iba á desfallecer sin remedio y empecé á considerar seguro mi fracaso. Al entrar en la sala de fiestas, una rápida ojeada me comunicó la visión del gran recinto atestado de gente de arriba á abajo, mientras, desde afuera, millares de personas pugnaban todavía por entrar.

La sala era inmensa y perfectamente adecuada para

alocuciones públicas. Mi entrada señalóse por frenéticos aplausos de los negros y aplausos débiles por parte de los blancos. Se me había dicho en Atlanta que mientras unos blancos venían á escucharme por simple y natural curiosidad, otros acudían con verdadera simpatía, y otros, finalmente, con la única esperanza de asistir á mi derrota, y con ganas de decir á los que me habían invitado: «¡ Ya os lo habíamos predicho !»

Uno de los miembros del Consejo de Administración de Tuskegee, que es, al mismo tiempo mi amigo personal, el señor William H. Baldwin (J.), era, en aquella época, director general de los ferro-carriles del Sud y, casualmente, se encontraba en Atlanta aquel día. Estaba tan inquieto por ver cómo me recibirían y el efecto que produciría mi discurso que no pudo decidirse á entrar en la sala y se quedó afuera paseando, hasta que acabó la ceremonia.

☞ CAPÍTULO XIV.—EL DISCURSO DE LA EXPOSICIÓN DE ATLANTA. №№ №№ №№ №№

La Exposición de Atlanta, á la que yo había sido invitado para pronunciar un discurso, como dejo dicho en el capítulo precedente, abrióse por una corta alocución del Gobernador Bullock. Después de otros números interesantes, entre los cuales recuerdo una plegaria del obispo Nelson, de la Georgia; una oda de Alberto Howell; y discursos del Presidente de la Exposición y de la señora Joseph Thomson, presidenta del comité de damas, el Gobernador Bullock me presentó al auditorio, en los siguientes términos: «Hoy tenemos entre nosotros un representante de la actividad y de la civilización negra.»

Cuando me levanté para hablar, hubo numerosos aplausos, sobre todo entre los negros. En la medida en que ahora puedo recordarlo, sé que una cosa me preocupaba por encima de todas las demás: decir algo que pudiera contribuir á cimentar la amistad entre ambas razas y á establecer una cooperación cordial entre sus individuos. Por lo que se refiere á las circunstancias exteriores, lo único que recuerdo es que, al levantarme, vi millares de ojos ardientemente clavados en mí.